

PALABRAS  
EN MIS MANOS  
Guinevere Glasfurd

Siruela Nuevos Tiempos



## Palabras en mis manos

Una joven doncella deseosa de aprender. Un ambicioso filósofo en busca de la verdad. Una emocionante historia de sueños y pasiones.

En el Ámsterdam del siglo XVII, Helena Jans trabaja como doncella para el señor Sergeant, un famoso librero inglés. Debido a su humilde origen, la pasión de la joven por la literatura, que le lleva incluso a fabricar en secreto tinta de remolacha y a escribir sobre su propia piel, se ve constantemente amenazada por su entorno.

Cuando el famoso filósofo René Descartes se instala en la casa para pasar una temporada, el deseo de Helena por seguir aprendiendo y la lucha del pensador por desentrañar los mecanismos de la razón tendrán como resultado un mutuo deslumbramiento que desafiará todas las convenciones de la sociedad de la época.

# Índice

Agradecimientos

## Ámsterdam, 1635

Hielo

## Ámsterdam, 1634

Libros

Flores

## Ámsterdam, 1632-1633

Cristal

Cardenales

Plumas

Pizarra

Muelles

Mapa

## Ámsterdam, 1634

Cera

Invitaciones

Cuervos

Palabras

Copos

Vencejos

Líneas

## Deventer, 1635

Boceto

Lista

Cera de abeja

Biblioteca

Alfabeto

Aire

Agua

Sueño

**Leiden, 1636-1637**

Lana

Turba

Preguntas

Chimenea

**Santpoort, 1637-1639**

Semillas

Sangre

Tulipanes

Anguilas

Lino

Eco

Arena

Zanja

Hollín

**Amersfoort, 1640**

Reloj

Francia

Papel

Sombra

Fiebre

Ceniza

Verdad

**Epílogo**

Egmond aan den Hoef

Gota

Nota histórica

*Para Saskia*

## Agradecimientos

Quiero dedicar un agradecimiento especial a Siobhan Costello y Anni Domingo, autoras y amigas, por sus aportaciones y por lo mucho que me han animado durante el proceso creativo. Gracias a Louise Doughty por su apoyo incondicional y al doctor Erik-Jan Bos por responder a mis preguntas sobre Descartes y leer el primer borrador.

Gracias a Thiemo Wind, Enny de Bruijn, Robin Buning y a todo el personal del archivo de Deventer, y a Jos Hof, guía e historiador local en Egmond aan den Hoef, por compartir tan generosamente sus investigaciones y sus conocimientos. Les doy las gracias a Elaine Bishop, Katharine McMahon, Judith Murray, Sarah Savitt, Rebecca Swift y a toda la gente maravillosa del Writers' Centre de Norwich. Gracias también al programa WCN Escalator de esta misma institución, por brindarme la oportunidad de desarrollar esta novela partiendo de un esquema de la trama y por apoyarme durante las primeras etapas del proceso de escritura.

Gracias a Cressida Downing por tener siempre a punto la ginebra, por su buen humor, por los largos paseos y los consejos literarios intercalados.

Gracias a mi marido por mostrarme su amor y su apoyo. Gracias a mi querida hija, Saskia, a quien he dedicado este libro, por recordarme que existe vida más allá de la escritura.

A mi maravillosa agente, Veronique Baxter, y a Alice Howe, de David Higham Associates: ¡gracias, gracias! Gracias

a mi correctora, Celia Levett. Gracias también a mi editora, Lisa Highton, y a todos los que hacen de Two Roads una maravillosa editorial, por publicar mi libro con tanto esmero.

Esta novela no habría sido posible sin el apoyo del programa de becas del Consejo de las Artes de Inglaterra.

Todas estas excelentes personas han contribuido a que este libro caiga en tus manos.

«PARA VIVIR BIEN DEBES SER INVISIBLE».

RENÉ DESCARTES, CARTA A MERSENNE,  
ABRIL DE 1634.



# Ámsterdam, 1635

## Hielo

Recorrí la habitación a pasitos, trazando un círculo diminuto. Lo que buscaba ya no estaba allí. Su reloj, sus documentos, su tintero de cristal: no quedaba nada, todo había desaparecido. En el pasado había visto aquella habitación vacía y no me había importado, ahora solo magnificaba mi pérdida. No quería una moneda, ni un obsequio, ni un recuerdo. Quería palabras, alguna nota... Mas no hallé ninguna. Se había marchado sin despedirse. Se había llevado consigo sus pertenencias.

Levanté las sábanas con las que él se había cubierto, noté el colchón frío bajo la mano. «Incluso la nada tiene forma», pensé. «Tiene la apariencia de lo que fue, de lo que pudo haber sido».

—¿Helena? —me llamó el señor Sergeant desde el piso de abajo, con una brusquedad impropia de él—. ¿Helena?

Apreté el puño.

—¡Helena! —Esta vez gritó más fuerte; la voz me llegó crispada, como a punto de quebrarse.

Me aferré al pasamanos para no perder el equilibrio y bajé al piso inferior. Parpadeé para contener las lágrimas y me sequé los ojos con el dorso de la mano. Ante mí, la puerta delantera estaba abierta. La casa se había enfriado. Recorrí las baldosas que había limpiado el día anterior. Hice lo mismo de siempre: caminé de puntillas para no dejar huellas. Luego me detuve. En el exterior, distinguí a Lemosín con el señor Sergeant, esperando. Afiancé los pies en el suelo, le-

vanté la vista y caminé con la cabeza bien alta. Al ver que me aproximaba, se separaron y se hicieron a un lado. Ninguno pronunció palabra. No hacía falta. Yo sabía lo que estaban pensando.

El cochero ajustó la brida, luego lanzó mi fardo al techo del carruaje.

—¿Solo lleva plumas ahí? —bromeó, sin dejar de mirarme, sin parpadear.

Los caballos se revolviéron y mordisquearon el bocado. Incliné la cabeza y subí al carruaje; la puerta se cerró detrás de mí con un chasquido. En cada asiento había una manta doblada y, en el suelo, una cesta de mimbre con provisiones: manzanas, dos hogazas grandes, un queso, algunas carnes curadas... Suficiente para dos o tres días, puede que aún más. Demasiada comida. Al verla me sentí indispuesta.

El cochero se dirigió a Lemosín.

—Iremos primero a Amersfoort, luego a Apeldoorn. Deventer queda a una jornada de allí como mucho, si la ruta está despejada. El IJssel está helado. Con este invierno... —Meneó la cabeza—. Convendría esperar.

Lemosín soltó un bufido.

—Hay asuntos que no pueden esperar.

Levanté la vista cuando Lemosín subió al carruaje y se acomodó en el asiento frente al mío. Olía a tabaco y a vino, el tufo agrio y sucio de la noche anterior.

—¿Deventer? —Traté de ocultar el pánico.

Por toda respuesta, cogió una manta, se la echó sobre las rodillas y me indicó que lo imitara. Tomé la otra manta y me tapé el regazo; estaba fría y se hundió entre los pliegues de la falda. Me giré para buscar al señor Sergeant con la mirada cuando el carruaje partía, pero se había marchado. Comprendí entonces que todo había acabado. No había vuelta atrás. La pérdida me cortó la respiración. Lemosín se cruzó de brazos y volvió el rostro hacia un lado; el resplandor gris le iluminaba la mejilla. Debió de notar que lo estaba observando porque se giró para mirarme.

—¿Qué?

—¿No vamos a Leiden?

—¿Leiden? —Soltó una risotada artera, se le veía casi risueño.

—No conozco a nadie en Deventer. Monsieur lo sabe.

Él se examinó las uñas, quizá los nudillos, y agitó la cabeza como si se acordase de alguna ocurrencia.

—Lemosín, por favor, estás equivocado.

—No hay equivocación que valga. Monsieur no mencionó Leiden en ningún momento. Nos dirigimos a Deventer.

Me miró como si estuviera pensando: «Soy yo quien estoy al tanto de todo». Se había convertido en mi guardián en el interior del carruaje, en mi dueño y señor. Se le endureció la mirada y escrutó mi vientre.

Después abrió las piernas. Yo las encogí contra el asiento pero aun así nuestras rodillas entrechocaban mientras el carruaje abandonaba la ciudad.

Deventer. Traté de ubicar ese lugar en mi mente, pero el mapa que me imaginaba se desmenuzaba por los bordes y los caminos y los canales se disolvían en un vacío. Sentí que las náuseas me quemaban la garganta, por eso me abalancé hacia la portezuela.

—¡Déjame salir!

Lemosín me apartó la mano del tirador.

—Siéntate. ¡He dicho que te sientes!

Me empujó en el hombro con la palma de la mano. Era más fuerte de lo que aparentaba. Tenía la piel pálida alrededor de la boca y unos puntos rojos le asomaron a las mejillas.

—Lo único que tienes que hacer es sentarte y estarte quieta.

Me froté donde me había empujado. Al pasar junto al canal de Prinsengracht, la vista quedó enmarcada en el rectángulo de la ventanilla. Una luz débil caía sobre las casas cerradas que veía al pasar, frías e inhóspitas, herméticas. El carruaje empezó a ganar velocidad. Por cada casa que de-

jábamos atrás, nos alejábamos más de Westermarkt. No podía soportar ver cómo la ciudad se desvanecía. Deventer, Deventer, Deventer, Deventer: la palabra repicaba en mi cabeza como los cascos de los caballos.

—¿Qué le voy a decir a mi madre? —Las palabras se me escaparon antes de poder retenerlas. Me cubrí el rostro con las manos y no pude contener más las lágrimas que llevaba toda la mañana reprimiendo. Comencé a sollozar con desconsuelo.

Lemosín miraba por la ventana sin parpadear siquiera, como dolido por mi llanto.

—Rezaremos porque nos concedas tu perdón, Helena.

Cerré los ojos con fuerza y uní las manos mientras él principiaba a rezar. Pero yo no conocía su plegaria. Moví los labios, intentando componer palabras desconocidas, dar forma a sonidos que nunca antes había escuchado.

—*O Vierge des vierges, ma mère, à toi ce que je viens; devant toi je suis le pécheur repentant... Ne méprises pas mes prières, mais ta miséricorde entends et réponds-moi...*

«Dios me perdone, Dios me perdone, Dios me perdone...».

Cuando volví a levantar la vista, habíamos dejado atrás la ciudad. Me apreté el vientre.

«Por Dios, monsieur, ¿qué va a ser de nosotros?».

# Ámsterdam, 1634

## Libros

Al principio solo percibía atisbos de su presencia: las grandes lazadas en los zapatos, la curva del hombro, las pestañas negras, negrísimas. Me fijé en las manos, delicadas y suaves, con los dedos manchados de tinta. Manos de escritor, más pequeñas que las mías. Manos pálidas que hacían que quisiera esconder las mías, de bastas que eran.

Se tocaba la boca de una manera particular: se llevaba un dedo a los labios mientras pensaba, como si no tuviera ninguna prisa por hablar. Yo debía procurar no mirarlo con fijezas, no atraer su atención. Sabía perfectamente que no me convenía molestarlo. Había oído cómo le gritaba a su *valet*, Lemosín, si entraba sin llamar. No quería que me gritara. Pero ¿cómo guardar silencio y no hacer ningún ruido si la bomba del agua chirriaba y las ventanas vibraban? Incluso una sábana limpia crujía horriblemente al extenderla sobre la cama. Yo me estremecía. Y cuanto más me estremecía, más se parecía aquello a una zanfoña sonando en mitad de la casa del señor Sergeant. Iba de un lado para otro de puntillas, temerosa de tropezar con mi propia sombra.

Betje quería saberlo todo sobre él, sobre Monsieur. Es francés, le conté. Ella abrió los ojos como platos, luego los entrecerró y, como no logró sacarme ni una palabra más, me propinó un buen pellizco. «Monsieur», repitió, de tal manera que las dos nos echamos a reír a carcajadas.